

¡Dormid, dormid, bienaventurados, se decidió al fin Carlos a contestar, y ay de aquel de vosotros que moleste a los dos hombres más felices que hay ahorita en el planeta! Nuestras novias nos han correspondido! Y tened presente, borricos, que nuestras novias son en el momento las dos mujeres más hermosas del mundo!

Y continuó la algarabía infernal, de risas y protestas, hasta que cada quien se hubo vuelto a dormir. Marcelino fué el último; se durmió pensando: efectivamente, soy el hombre más dichoso de la tierra. ¿Qué puedo envidiar yo a los reyes, a los potentados, a los poderosos? ¿No soy amado por la que había elegido y no es ésta, acaso, la mujer más linda del mundo?

CAPITULO DECIMO PRIMERO

LA VERDAD DE LAS COSAS.

Al día siguiente de aquel en que con suntuoso baile se cerrara con broche de oro la temporada del festival de caridad, y como a eso de las dos de la tarde, se hallaban tranquilamente departiendo en la terraza del elegante chalet, donde tomaban el café, el acaudalado señor X, y su huésped Mr. W. A. Simpson. La comida, a la cual no asistió la señorita Elvira por haber pretextado una fuerte jaqueca, había tenido muy bien poco atractivo para el extranjero, quien hubiéra-

se sentido muy feliz al encontrarse al lado de la jóven a quien desde hacía tiempo consideraba ya como su prometida, basado más bien en las promesas del padre de la jóven, que en las de ésta, pues aunque hacía ya tres meses que le declarara su deseo de hacerla su esposa, aún no había recibido ninguna respuesta de la jóven.

Habían terminado algunos asuntos de gran importancia para ellos, cuando el inglés con aquella frialdad peculiar de la raza, dijo al padre de Elvira: No creo que se ocultará a Ud., que uno de los principales, o por decir mejor, el principal asunto que me ha traído a Tampico, es el de precisar la fecha en que debe celebrarse el matrimonio entre su hija la señorita Elvira y yo.

El capitalista, que ya lo esperaba, contestó que creía haberlo adivinado, y que por su parte, estaba de acuerdo en que Elvira y él fueran quienes fijaran la fecha. Yo,—se apresuró a decir el inglés—siento infinito que la señorita se encuentre indispuesta, pues hubiera querido consultar con ella sobre la fijación de la fecha durante la comida. Tengo precisa urgencia de partir mañana aprovechando la salida del vapor Esperanza y no puedo menos de confesar a Ud., que quisiera apresurar este asunto por diversas razones, siendo quizá la primera, el deseo de apartar a Elvira de los galanteos de cierto empleado de comercio que según me informó el Señor Anderson, se encontraba en el baile y se mostró sumamente obsequioso y

galante, al extremo, según me aseguró, dé que con nadie más que con dicho jóven había bailado Elvira, llegando el informante hasta llamarla "coqueta".

Ya comprenderá usted—agregó— que yo, al oír esto sentí profundo desagrado, y hasta estuve a punto de pedirle una explicación por sus palabras, pero él con toda clase de pruebas me demostró que así había pasado, pues debo advertir a usted, que oyó parte de la conversación que ambas jóvenes sostuvieron con los empleados, cuyos nombres son Marcelino Gutiérrez y Carlos de la Puente, este último, sé que galanteó de tal suerte a la señorita Gabriela, amiga de su hija, que atrajo hacia ellos, por su falta de prudencia, la atención de la mayor parte de la concurrencia entre la que se encontraban personas respetabilísimas, que no pudieron menos que censurarlos acremente por su falta de respeto a la sociedad.

El padre de Elvira, que hasta entonces no había dicho una sola palabra por apreciar mejor hasta qué grado pudiera encontrarse celoso el señor Simpson, y que por otra parte, en su vanidad de padre sentíase halagado cuando toda clase de personas llamaban a su hija «divina», «encantadora», etcétera, al oír la segunda parte de aquella requisitoria, sintióse casi colérico, y como temiera no haber oído bien dicha palabra, preguntó al señor Simpson, si su amigo había hecho uso de dicho término durante su información. El señor Simpsón, contestó que creía ha-

ber dicho algo que justificara la aplicación en este caso del uso de ella, especialmente «la censura de las personas a que había aludido el señor Anderson y cuyos nombres no recordaba»; y que además la dicha palabra se traducía al idioma inglés por la voz «Flirting» y viceversa, por la ya empleada por él, durante su relato.

No esperó más el potentado, para ordenar a un sirviente que por allí andaba, que en seguida suplicara a la señorita su presencia.

Al punto acudió la jóven, que por instinto había adivinado cuál era el objeto de la visita de Mr. Simpson. Llegó pues Elvira a la presencia de su padre, y saludando con un ligero movimiento de cabeza a su pretendiente, ocupó el asiento que éste se había apresurado a presentarle. Sentóse la jóven, trayendo a su imaginación y como para proveerse de energía, la resolución tomada durante las horas de reflexión que pasó en su alcoba, y aparentando la mayor calma, dijo a su padre: ¿Me has llamado, papá?

—Sí, contestó el padre en el tono que adoptaba cuando iba a decir algo grave.

—¿Se siente usted mejor?—preguntó el extranjero.

—Sí, gracias, ya se me ha pasado la jaqueca—contestó Elvira con naturalidad.

—Pues sí, te he llamado—dijo el padre—para que me informes si bailaste con muchas personas durante la fiesta que se cele-

bró anoche.

—Con una solamente—contestó Elvira.

—Con una sola persona has dicho?

—Sí, papá, con una sola.

¿Y quien es esa persona?—si es que tengo derecho a preguntar?

—El elegido de mi corazón—contestó Elvira sin inmutarse.

—No he oído lo que has dicho—contestó el padre—¿con quien has bailado?

—Con el elegido de mi corazón, con el ideal que yo he soñado desde que por ley natural se abrió mi corazón al soplo del amor.

—Hija mía;—dijo el capitalista con toda serenidad, casi hasta sonriente ¿Sabes tú lo que estás diciendo? ¿Sabes tú, niña mía, quien es ese hombre que de tal suerte parece haber trastornado tus ideas? ¿Sabes tú si es por tí, por tu persona, por tus virtudes, o por tus dotes por lo que él te haya dicho que suspira? ¿Sabes tú quien es él, de donde viene y cuales son sus antecedentes? ¿Sabes tú si no es tu inmensa fortuna lo que él codicia y trata de asegurar? No, niña mía; por fortuna no te encuentras sola, tienes a tu padre que vela por tí. Crees tú, Elvira, que podría yo consentir que un pilleto, adiestrado en el arte de decir ternezas a las jóvenes de tu posición, sediento de poseer una gran fortuna que no ha podido amasar con su inteligencia, con su laboriosidad y con toda una vida de afán y hasta de privaciones viniera ahora a arrebatarme no tan solo lo que po-

seo para tí, sino hasta tí misma que eres mi tesoro más preciado? ¿No comprendes que yo, que tanto he trabajado, y luchado y sufrido por conquistar para tí la posición de que gozas, vería con profundo desagrado, qué digo, con horror, que un hombre como ese, como tantos que van por allí a caza de fortunas, viniera a arrebatarme lo que más amo? ¿No comprendes que al unir tus destinos con ese miserable habrías causado el más cruel de los pesares a tu padre que solo en tí cifra su alegría? ¿Crees tú que si el destino me asestara ese golpe podría seguir viviendo? Y por último, ¿amas tan poco a tu padre que no vacilas en acortarle los días de su existencia, o mejor dicho, en causarle voluntariamente la muerte? Yo había pensado en unirme a un hombre digno de tí, un hombre que por su laboriosidad, por su talento, por su educación y por su experiencia fuera una garantía para la felicidad que he soñado para tí. ¿Pero a que tomar en serio tus palabras, niña mía? Yo se bien que tú serías incapaz de causar tal dolor a tu padre. Ya verás como no pasan tres o cuatro días sin que tú misma te arrepientas de haber escuchado las palabras de ese pillo. No eres tú, hija mía, la única a quien él ha trastornado por un instante el seso, ese no es más que uno de tantos aventureros que van por allí a casa de herederas, y si por una ironía del destino, mañana quedáseis pobre, ya verías si volvía a ocuparse de tu persona; que dueña o no de una fortuna vales más de lo

que yo mismo pudiera imaginarme. Ya hablaré yo con ese caballero de industria, y bien pronto verás como deja de importunar te con sus pretensiones. Estoy seguro que con gusto aceptará una dádiva y el pasaje para cualquier parte donde pueda ir a ejercer su oficio degradante y vil de galanteador de jóvenes ricas. Ya verás.....

¡Basta ya, padre mío! Basta,—exclamó Elvira exasperada.

—Me preguntas si conozco los antecedentes de ese joven a quien tan injustamente has insultado; me preguntas si conozco o se cuales son sus antecedentes; me preguntas si se de donde viene, a donde va y que pretende....?

Pues bien, sí le conozco, sé cuáles son sus antecedentes y cuáles son sus planes. Marcelino es un hombre trabajador, vino de la Habana cuando era casi un niño, un niño que trabajaba; los señores A. Martín y Cía. de la Habana, podrán decirte quién es él, vino hace seis años a Tampico, desde entonces trabaja con los señores R. R. y Cía., quienes también podrán decirte si Marcelino es o no un aventurero. Pregunta al honrado y laborioso señor Villarreal, padre de Gabriela, que ha sido compañero de Marcelino, si tiene a éste en el concepto que tú sin conocerlo te has formado de él. Pregúntasele al señor Villarreal que acaba de conceder al joven Carlos, compañero de Marcelino, la mano de su hija Gabriela, que no es ya pobre, pues él a fuerza de trabajo, lo mismo que

tú, ha amasado como dices, una fortuna. Marcelino vino a Tampico porque así lo quiso su padre a quien perdió hace muy poco tiempo. Marcelino estaba para embarcarse para la Habana, sacrificando quizá hasta su porvenir por huír de mi presencia; porque no ha sido él quien me ha declarado su amor, puesto que ni siquiera pensaba concurrir a las fiestas, pensando que aún debía guardar luto por su padre a quien amaba como pocos hijos aman a los suyos.

Yo, yo he sido quien por mil artificios le estreché a que me dijera que me amaba. Yo he sido quien lo ha buscado, porque él es el hombre de mis ensueños, porque nuestras almas forman una sola alma, porque hemos nacido el uno para el otro. Marcelino no busca mi fortuna ni ha buscado la de ninguna otra joven. ¡Qué sabía él de amores ni de ilusiones, ni de nada, antes de conocerme!....

Marcelino es un hombre que lleva en sus venas sangre española, él es como esos otros iberos de quienes tú me has hablado; de esos que vienen a México desde niños, que aquí viven, que aquí comparten con nosotros los mexicanos, penas y dichas, alegrías y sinsabores, que aquí se enriquecen, labran una fortuna y se casan con mujeres mexicanas, dejando aquí mismo todas las riquezas que acumulan, como también dejan a las familias que formaran. ¿No recuerdas haberme dicho alguna vez que has conocido varias personas de nacionalidad española

que no ambicionaban volver a la madre patria? ¿No me has dicho que una vez hablando con un anciano español que era inmensamente rico, al preguntarle tú por qué no se iba a pasar sus últimos días a España, te contestó que a qué iba, si él era extranjero en su tierra? y entonces tú, sorprendido, le suplicaste te dijera cómo era que siendo español fuera extranjero en España, y él te dijo que había venido a América cuando era un niño, que aquí había trabajado toda su vida, que aquí tenía su familia, y que una vez que fué a su país, tuvo que regresar a los tres meses porque no hacía otra cosa sino suspirar por México, donde estaban sus nietos, sus hijos, sus intereses y todo aquello que amaba y que el mismo había edificado? Está bien que exista la casta de bribones a que tú te refieres, está bien que muchos vengán a realizar sus sueños de riqueza, y cuando ya ricos se marchen para siempre denigrado hasta el último momento el país donde consiguieron sus fines, pero éstos no son de nacionalidad española, porque éstos tienen en sus venas nuestra sangre, puesto que de ellos, de sus antepasados, hemos heredado la bella y sonora lengua castellana, sus costumbres y su religión.

Marcelino no es de la raza de esos que viven entre nosotros y por considerarnos sus inferiores, ni se asocian con los nuestros ni permiten siquiera que sus familias tengan amistad con las nuestras. porque ellos forman colonias independientes, viven aislados

de nosotros como si creyeran que estuviésemos infestados de enfermedades contagiosas, de esos que no hacen más que criticar nuestras costumbres y denigrar al país donde obtienen el pan con que se alimentan. Marcelino es de otra raza; de esa que nos legó su bello idioma, su sangre, su abnegación y su hidalguía, que es nuestra hermana porque es la misma nuestra, rejuvenecida por el trabajo y la virtud!

¡Marcelino no es de esas gentes que se llevan a su tierra el dinero que reúnen, y jamás se vinculan al país en que viven y se enriquecen.

¿No me has dicho que ojalá y fuera cada vez mayor el número de españoles que desembarcaran en México? ¿Cómo, pues, abominas de un español ahora, y de un español sin mancha alguna? ¿A qué ese afán de hacerme esposa de un hombre a quien no amo? ¿A qué ese empeño de labrar la desdicha de uno y otro? Suponiendo que yo no llegara a ser la esposa de Marcelino—que no sé qué presagio fatal me parece augurarlo—¿crees tú que labraría yo la felicidad del señor Simpson, sabiendo él que yo pensaba constantemente en otro hombre? ¿Cuánto mejor no sería hablar hoy con franqueza, para así evitar terribles consecuencias después? Yo puedo amar al señor Simpson como se ama a un amigo, pero nunca podré labrar su felicidad como su esposa, porque no puede haber entre los dos compatibilidad de caracteres, porque nuestras

costumbres son otras, porque nuestra raza no es la misma.

—Mister Simpson—dijo Elvira levantándose de su asiento—yo lo amo a usted como un amigo, sea usted mi buen amigo como lo es de mi padre, pero no me pida que sea su esposa porque no sería usted feliz. Luego, dirigiéndose hacia una maceta que ostentaba bellísimas flores, cortó una, y acercándose al señor Simpson la prendió en el hojal de su saco, y como si fuera aún una pequeña, sentóse sobre las rodillas del inglés a la vez que poniendo su mano sobre la calva cabeza de éste, acercó sus labios hasta tocar con ellos su frente y depositó en ella un beso. Luego poniéndose de pié, le dijo: señor Simpson, reciba usted ese beso como la prueba más pura de la amistad que le ofrezco.

El inglés con aquella gravedad tan peculiar en él, sin inmutarse ni demostrar la más leve emoción, respondió a la niña:

—Tienes razón. Yo también seré tu amigo; y como una prueba de mi amistad, recibe este obsequio—y sacando del bolsillo de su chaleco un pequeño paquetito lo desenvolvió y puso en manos de la jóven un riquísimo y precioso guardapelo. Luego dirigiéndose Elvira a su padre:—No te preocupes papá, tu hija, aunque no sea propio que yo lo diga, ha heredado algo de tu inteligencia, nada temas, porque el hombre a quien dé mi mano y entregue mi corazón, ha de ser digno de mí, y no será, no, un

aventurero, un cazador de fortunas.

—Basta, más tarde hablaremos—contestó el padre de Elvira.

CAPITULO DECIMO SEGUNDO

LA PRIMERA CITA.

Dos días después Elvira había vuelto a encerrarse en su alcoba. Reflexionó de nuevo sobre lo que tendría que hacer y resolvió al fin escribir a Marcelino con objeto de participarle lo que había pasado, prevenirlo además, por si su padre llegaba a tener—como ella lo temía—la anunciada entrevista con él, y darle al mismo tiempo una cita para el día siguiente a las nueve de la noche, la cual tendría lugar a la entrada del chalet.

Marcelino, que no pensaba sino en volver a ver a su Elvira, y que llegase el domingo, para ver de encontrarla en algún paseo, pues que no teniendo ningunos medios para averiguar a qué parte tendría pensado ir y no encontrándose Carlos en la casa, por haber tenido que partir para la ciudad de Monterrey con alguna comisión que el jefe le confiara, desde luego había desechado el proyecto que antes formó para preguntarlo a Gabriela.

Tranquilo se hallaba el jóven, sumido en sus meditaciones o por mejor decir en sus ensueños, cuando llegó el cartero y puso en